CHARLES BAUDELAIRE

LA FANFARLO

Traducción de AURORA BERNÁRDEZ

Ésta es la única nouvelle o novela corta que escribió Charles Baudelaire. *La Fanfarlo* está narrada con un tono irónico y hasta burlesco. En ella se retratan un París y sus habitantes de modo jocoso, casi ridiculizados por las situaciones que viven y las apariencias que deben guardar. La edición se completa con tres cuentos más.

Charles Baudelaire

La Fanfarlo y otras narraciones

ePub r1.0
Titivillus 12.04.15

Charles Baudelaire, 1847
Traducción: Aurora Bernárdez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

La Fanfarlo

Samuel Cramer, que en otros tiempos había firmado bajo el nombre de Manuela de Monteverde varias locuras románticas —en los buenos tiempos del Romanticismo—, es el producto contradictorio entre un pálido alemán y una chilena mulata. Añada a este doble origen una educación francesa y una cultura literaria, y quedará usted menos sorprendido —ya que no satisfecho y edificado— de las complicadas rarezas de este carácter. Samuel tiene la frente pura y noble, los ojos brillantes como gotas de café, la nariz grosera y burlona, los labios impúdicos y sensuales, el mentón cuadrado y déspota, y la cabellera pretenciosamente rafaelesca. Es a la vez un gran holgazán, un triste ambicioso y un ilustre infeliz; ya que en toda su vida no ha tenido más que ideas a medias. El sol de la pereza que resplandece sin cesar en su interior, vaporiza y consume aquella mitad de genio con que el cielo lo ha dotado. Entre todos los medio-grandes hombres que he conocido en esta terrible vida parisina, Samuel fue, más que cualquier otro, el hombre de las bellas obras fallidas; criatura fantástica y enfermiza, cuya poesía brilla más en su persona que en sus obras, y que, hacia la una de la mañana, entre el resplandor de un fuego de carbón y el tic-tac
de un reloj, se me muestra como el dios de la impotencia, dios moderno y hermafrodita, ¡impotencia tan colosal y enorme que toma dimensiones épicas!

¿Cómo mostrarles y hacerles ver con claridad el interior de esta tenebrosa naturaleza, plagada de vivos destellos, perezosa y emprendedora al mismo tiempo, fecunda en difíciles designios y en risibles fracasos; espíritu en el que la paradoja toma a menudo

proporciones de ingenuidad, y cuya imaginación era tan basta como la soledad y la pereza absolutas? Uno de los defectos más naturales en Samuel era el considerarse igual a aquellos que admiraba; después de la apasionante lectura de un hermoso libro, su conclusión involuntaria era: «¡Esto es tan bello, que podría ser mío!». Y de ahí a pensar: «Es por lo tanto, mío…», no hay más que un paso.

En el mundo actual, esta clase de carácter es mucho más frecuente de lo que se piensa; las calles, los paseos públicos, los cafés y todos los refugios de los paseantes pululan de seres de esta especie. Éstos se sienten tan bien con el nuevo modelo, que no están lejos de creerse sus inventores. Hoy les vemos penosamente descifrando las páginas místicas de Plotino o de Porfirio; mañana admirarán cómo Crevillon hijo ha expresado el lado frívolo y francés de su carácter. Ayer se entretenían familiarmente con Jerónimo Cardan; ahora veles aquí jugando con Sterne, o entregándose con Rabelais a todos los excesos de la hipérbole. Y son de hecho tan felices con cada una de sus metamorfosis, que no les desagrada ni un poco ninguno de los grandes genios que se les adelantaron en la estima de la posteridad. ¡Ingenua y respetable insolencia! Así era el pobre Samuel…

Hombre honesto de nacimiento y un poco sinvergüenza por pasatiempo, comediante por temperamento, representaba para sí mismo incomparables tragedias a puertas cerradas o, mejor dicho, tragicomedias. Ni bien se sentía rozado o acariciado por la alegría, teniendo que asegurarse primero de ello, nuestro hombre ensayaba risas y carcajadas. Ni bien algún recuerdo hacía que una lágrima se dibujara en el borde de sus ojos, él corría al espejo a verse llorar. Si alguna mujer, en un acceso de celos brutal y pueril, le hacía un arañazo con una aguja o una pequeña navaja, Samuel se ufanaba de haber recibido una cuchillada; y cuando debía miserables veinte mil francos, exclamaba alegremente:

—¡Que triste y lamentable es la suerte de un genio acosado por un millón de deudas!

Mas dicho sea de paso, guárdense de creer que él fuera incapaz de experimentar sentimientos verdaderos, o que la pasión no hiciera más que rozar su epidermis. Habría vendido hasta su camisa por un hombre a quien a penas conociera y al cual, tras la inspección de su

mano y su frente el día anterior, habría declarado su amigo íntimo. Llevaba en las cosas del espíritu y del alma la ociosa contemplación de las naturalezas germanas; en las de la pasión, el ardor inconstante y fugaz de su madre; y en la práctica de la vida, todos los defectos de la vanidad francesa. Se hubiese batido a duelo por un autor o un artista muerto dos siglos antes. Tal como había sido devoto con furor, era ahora ateo con pasión. Era a la vez todos los artistas que había estudiado y todos los libros que había leído y, sin embargo, a pesar de esta facultad común en los comediantes, seguía siendo profundamente original. Era siempre el tierno, el caprichoso, el perezoso, el terrible, el sabiondo, el ignorante, el desaliñado, el coqueto Samuel Cramer, la romántica Manuela de Monteverde. Enloquecía por un amigo como por una mujer, amaba a una mujer como a un compañero. Poseía la lógica de todos los buenos sentimientos y la ciencia de todas las astucias y, sin embargo, jamás había logrado nada, ya que creía demasiado en lo imposible. ¿Qué tenía él de sorprendente? Siempre estaba tratando de concebir eso.

Una tarde, Samuel tuvo deseos de salir; el clima estaba agradable y perfumado. Tenía, según su gusto natural por los excesos, hábitos de reclusión y disipación tan violentos como prolongados, y desde hacía ya mucho tiempo que permanecía fiel a su vivienda. La pereza maternal y la holgazanería criolla que recorrían sus venas le impedían padecer el desorden de su recámara, de su ropa y de sus cabellos excesivamente sucios y enmarañados. Se peinó, se aseó y, unos minutos después, supo recobrar el porte y el aplomo de aquellas personas para quienes la elegancia es cosa de todos los días; luego abrió la ventana. Un día cálido y dorado se precipitó entonces en la polvorienta habitación. Samuel se admiró al ver cómo la primavera se había encendido tanto en tan pocos días, y sin siquiera anunciarse. Un cálido aire impregnado de dulces aromas penetró su nariz, del cual una parte subió hasta su cerebro, llenándolo de ensueño y deseo, y la otra le removió libertinamente el corazón, el estómago y el hígado. Apagó resueltamente dos velas, de las cuales una aún palpitaba sobre un volumen de Swedenborg, mientras la otra se extinguía sobre uno de esos vergonzosos libros cuya lectura no es provechosa sino para aquellos espíritus poseídos

por un inmoderado gusta por la verdad.

Desde lo alto de su soledad, atestada de papeles, pavimentada de libros y poblada de sueños, Samuel a menudo veía pasearse, en una calleja de Luxemburgo, una silueta y una figura que él había amado en provincias —a la edad en que se ama al amor—. Sus rasgos, aunque maduros y ensanchados por los años de práctica, tenían la gracia profunda y decente de la mujer honesta; en el fondo de sus ojos brillaba todavía, en pequeños intervalos, la húmeda fantasía de una joven muchacha. Iba y venía habitualmente acompañada por una elegante criada, cuyo rostro y aspecto delataba más bien a la confidente y dama de compañía que a la sirvienta. Parecía buscar los lugares más solitarios, y tristemente se sentaba con actitud de viuda, teniendo a veces entre sus distraídas manos un libro que fingía leer.

Samuel la había conocido en los alrededores de Lyon, joven, alerta, traviesa y más delgada. A fuerza de observarla y, por así decirlo, de reconocerla; había desempolvado de su imaginación uno a uno todos los recuerdos interesantes referentes a ella. Se contaba a sí mismo, detalle a detalle, toda esa historia de juventud que, desde entonces, se había perdido entre las preocupaciones de su vida y el dédalo de sus pasiones.

Aquella tarde él la saludó, pero con mucho cuidado y muchas miradas. Al pasar frente a ella, alcanzó a escuchar detrás de sí este fragmento de diálogo:

—¿Qué le parece ese joven, Mariette?

Pero esto dicho con un tono de voz tan distraído, que ni el observador más malicioso habría podido decir nada en contra de la dama.

—Yo lo veo muy bien, señora. ¿La señora sabe que es el señor Samuel Cramer?

Y con un tono más severo respondió:

—¿Pero cómo es que usted sabe eso, Mariette?

Es por esto que al día siguiente Samuel tuvo gran cuidado en devolverle su pañuelo y su libro, que había encontrado en una banca y que ella no había perdido, sino que había dejado un momento mientras observaba a los gorriones disputarse unas migajas, o mientras contemplaba el trabajo interior de la vegetación. Como ocurre a menudo entre dos seres cuyos destinos

cómplices han elevado su alma a un mismo diapasón, —aunque la conversación empezó bruscamente— Samuel tuvo la extraña alegría de encontrar a una persona dispuesta a escucharlo y a responderle.

—¿Tendré la dicha, señora, de estar todavía alojado en un rincón de su memoria? ¿He cambiado tanto que no ha podido usted encontrar en mí al compañero de infancia, con el cual se dignó jugar a las escondidas y hasta faltar sin permiso a la escuela?

—Una mujer, —respondió ella con una pequeña sonrisa— no tiene derecho a reconocer fácilmente a las personas; es por eso que le agradezco, señor, el haberme dado la ocasión de evocar esos bellos y alegres recuerdos. Además… cada año trae consigo tantos eventos y pensamientos… y me parece que han pasado verdaderamente muchos años, ¿no es cierto?

—Años, —replicó Samuel— que para mí fueron unas veces muy lentos, otras prontos a esfumarse, ¡pero todos invariablemente crueles!

—¿Y la poesía…? —dijo la dama con una sonrisa en sus ojos.

—¡Siempre, señora! —respondió riendo Samuel— ¿Pero qué es lo que está leyendo?

—Una novela de Walter Scott.

—Comprendo ahora sus continuas interrupciones. ¡Qué aburrido escritor! ¡Un polvoriento desenterrador de crónicas! Un fastidioso montón de descripciones desordenadas, multitud de cosas viejas y trastes de todo género: armaduras, vajillas, muebles, posadas góticas y castillos melodramáticos, donde se pasean modelos libremente, vestidos con casacas y jubones abigarrados; tipos conocidos de los que ningún plagiario de dieciocho años querrá saber nada en diez años; castellanas imposibles y amores perfectamente desprovistos de toda actualidad, ¡ninguna verdad de corazón, ninguna filosofía de sentimientos! ¡Qué diferencia con nuestros buenos novelistas franceses, en los que la pasión y la moral se imponen siempre sobre la descripción material de las cosas! ¿Qué importa que la castellana use lengüeta o miriñaque, o interiores Oudinot, mientras solloce o traicione como convenga? ¿El amante le interesa a usted más por llevar un puñal en su chaleco en vez de una tarjeta de presentación, y un déspota en hábito negro le causa un terror menos poético que un tirano montado de cuero y hierro?

Samuel, como se ve, entraba en la clase de las personas

absorbentes, hombres insoportables y apasionados cuyo oficio estropea la conversación, y para quienes toda ocasión es buena, lo mismo un encuentro imprevisto bajo un árbol que en una esquina, —aunque sea con un trapero— para desarrollar obstinadamente sus ideas. No hay entre los viajeros comerciantes, los industriales errantes, los promotores de negocios en comandita y los poetas *absorbentes*, más que una diferencia, la de la propaganda a la predicación: el vicio de estos últimos es completamente desinteresado. Ahora bien, la dama le replicó simplemente:

—Mi querido Samuel, no soy más que público, basta con decirle que mi alma es inocente. Además, el placer es para mí la cosa mundana más fácil de hallar. Pero hablemos de usted… Me consideraré dichosa si me juzga digna de leer algunas de sus producciones.

—Pero señora, ¿cómo es posible que…? —exclamó la gran vanidad del asombrado poeta.

—El dueño de mi gabinete de lectura dice que no lo conoce.

Y sonrió dulcemente como para amortiguar el efecto de su fugitiva provocación.

—Señora, —dijo sentenciosamente Samuel— el verdadero público del sigo XIX son las mujeres, su aprobación me hará más grande que veinte academias.

—Bueno señor, cuento con su promesa. ¡Mariette! La sombrilla y la echarpe, puede que se impacienten en casa. Ya sabes que el señor regresa temprano.

Le hizo un saludo graciosamente breve antes de marcharse, que no tenía nada de comprometedor, y cuya familiaridad no excluía la dignidad.

Samuel no se sorprendió al encontrar a su antiguo amor juvenil esclavizado al vínculo matrimonial. En la historia universal del sentimiento, eso es de rigor. Era *Madame* de Cosmelly y residía en una de las calles más aristocráticas del suburbio Saint-Germain.

Al día siguiente la halló, con la cabeza inclinada por una graciosa y casi estudiada melancolía, cerca de las flores del arriate, luego le dio su volumen llamado *Osífragas*, una selección de sonetos, de aquellos que todos hemos hecho y todos hemos leído alguna vez, en

el tiempo en que teníamos el juicio demasiado corto y el cabello demasiado largo.

Samuel tenía gran curiosidad de saber si sus *Osífragas* habían cautivado el alma de aquella hermosa melancólica, y de saber si los gritos de aquellos viles pájaros le habían hablado en su favor; pero días más tarde ella le dijo, con un candor y una sinceridad desesperantes:

—Señor, no soy más que una mujer, y, por consiguiente, mi apreciación no es gran cosa; pero me parece que los amores y las tristezas de los señores protagonistas de su libro no se asemejan casi en nada a las tristezas y a los amores de los otros hombres. Usted prodiga galanterías, sin duda muy elegantes y de un gusto exquisito, a damas que yo estimo y conozco lo suficiente como para saber que se espantarían de ello. Usted le canta a la belleza de las madres con un estilo que le privaría del favor de sus hijas. Comunica al mundo cómo le enloquecen el pie y la mano de tal señora, la cual, supongamos por su honor, gastaría menos tiempo leyendo su libro que tejiendo medias o mitones para los pies o manos de sus hijos. Por un contraste muy singular, y cuya misteriosa causa me es aún desconocida, guarda usted sus más místicos inciensos a extrañas criaturas que leen incluso menos que las mujeres; además, desfallece platónicamente ante sultanas que dejan mucho que desear y que, a mi juicio, ante el delicado aspecto de un poeta, abren sus ojos tanto que asemejan animales despertando ante el sonido de un incendio. Aparte, ignoro el porqué de celebrar tanto los temas fúnebres y las descripciones anatómicas. Cuando se es joven, teniendo además un bello talento y todas las condiciones presumibles para la felicidad, me parece más natural regocijarse de la salud o del hombre honesto que ejercitarse en el anatema escuchando los murmullos de las *osífragas*.

He aquí lo que él le respondió:

—Señora, compadézcame, o mejor dicho, compadézcanos, ya que tengo muchos hermanos de mi clase; el odio a todos y a nosotros mismos nos ha conducido hacia esas mentiras. Es por la desesperanza de no poder ser nobles y bellos siguiendo los medios naturales, que nos maquillamos tan extrañamente el rostro. Estamos tan ocupados en sofisticar nuestro corazón, hemos abusado tanto del microscopio para estudiar las repugnantes excrecencias y las

vergonzosas verrugas que lo cubren, y que nosotros exageramos a gusto, que es imposible que hablemos el lenguaje de los otros hombres. Ellos viven por vivir, y nosotros, ¡desgraciadamente vivimos para saber! El misterio está ahí. La edad no cambia más que la voz y no nos quita más que los dientes y el cabello; nosotros hemos alterado el acento de la naturaleza, hemos extirpado uno a uno los pudores virginales que habían erizado nuestro interior de hombres honestos. Hemos psicologizado como los locos, que aumentan su locura al esforzarse en comprenderla. Los años no dejan inválidos más que a nuestros miembros, y nosotros hemos deformado las pasiones. ¡Desgraciados, tres veces desgraciados los débiles padres que nos hicieron raquíticos y lánguidos, predestinados como estamos a no engendrar más que hijos muertos!

—¡Todavía con sus *Osífragas*! —dijo ella— Por favor, ¡deme su brazo y admiremos juntos esas pobres flores que la primavera vuelve tan dichosas!

En lugar de admirar las flores, Samuel Cramer, a quien la inspiración había llenado, comenzó a poner en prosa y a declamar varias malas estancias compuestas en su primer estilo. La dama lo dejaba continuar.

—¡Qué diferencia, y cuán poco queda del mismo hombre, tan sólo el recuerdo! Pero el recuerdo no es más que un nuevo sufrimiento. ¡Qué bellos tiempos aquellos en que la mañana jamás despertaba nuestras rodillas entumecidas o rotas por la fatiga de los sueños, donde nuestros ojos claros reían a toda voz, donde nuestra alma no razonaba, sino que vivía y jugueteaba; donde nuestros suspiros escapaban suavemente sin ruido y sin orgullo! ¡Cuántas veces, en el tiempo libre de la imaginación, revivía una de esas hermosas tardes otoñales en que nuestras jóvenes almas hacían progresos comparables a los de los árboles que, en un instante, crecen varios codos! Entonces veo, siento, escucho; la luna despierta a las grandes mariposas; el viento cálido abre las flores nocturnas; el agua de los grandes estanques duerme. Escuche, en su espíritu, los súbitos valses de aquel piano misterioso. El perfume de la tormenta entra por la ventana. Es la hora en que los jardines se llenan de vestidos rosas y blancos que no temen mojarse. Los complacientes matorrales enganchan faldas fugitivas, el cabello castaño y los rizos rubios se mezclan turbulentamente. ¿Lo recuerda

aún, señora, enormes ruedas de heno, en las que tan rápidamente descendíamos; la vieja nodriza, tan lenta al perseguirla; y la campana, tan pronta a llamarla bajo el ojo vigilante de su tía, en el gran comedor?

Madame de Cosmelly interrumpió a Samuel con un suspiro, iba entonces a abrir su boca, sin duda para impedir que continúe; pero él ya había retomado la palabra.

—Pero lo más desolador —dijo él—, es que todo amor tiene siempre un mal final, siendo tan malo como divino y alado fue al principio. No hay sueño, por ideal que haya sido, que no reencontremos con un niño glotón prendido en el pecho; no hay retiro, ni casita encantadora y apartada, que la piqueta no logre derribar. ¡Y aún esta destrucción es totalmente material! Existe otra más despiadada y secreta aún que ataca a las cosas invisibles. Imagine que en el momento en que usted se apoya sobre el ser de su elección y le dice: «¡Volemos tú y yo a buscar juntos el final del cielo!», una voz implacable y seria se inclina a su oído para decirle que nuestras pasiones son falsas, que es nuestra miopía la que hace a los rostros hermosos y nuestra ignorancia la que hace a las almas bellas, y que necesariamente llega el día en que el ídolo, al ser visto con claridad, ¡no es más que un objeto, no de odio, sino de desprecio y de asombro!

—¡Se lo ruego, señor! —dijo la señora de Cosmelly.

Se encontraba fuertemente emocionada; Samuel se dio cuenta que había tocado una antigua herida, e insistió con crueldad.

—Señora —dijo— los saludables sufrimientos del recuerdo tienen sus encantos y, en esa embriaguez de dolor, a veces encontramos alivio. Ante esta fúnebre advertencia, todas las almas leales se gritarían: «Señor, recógeme de aquí con mi sueño intacto y puro: quiero devolver a la naturaleza mi pasión con toda su virginidad, y usar en otra parte mi corona inmarchitable». Además, los resultados de la desilusión son terribles. Los vástagos enfermos productos de un amor agonizante son el triste desenfreno y la repugnante impotencia: el desenfreno del espíritu, la impotencia del corazón, que hace que el uno no viva más que por curiosidad, y que el otro muera cada día por lasitud. Todos nos parecemos más o menos a un viajero que hubiera recorrido un enorme país; y que observara, cada tarde, al sol, el mismo que antaño doraba

magníficamente los encantos del camino, ocultarse en un llano horizonte. Se sienta con resignación sobre sucias colinas cubiertas de vestigios desconocidos, y dice a las fragancias de los helechos que en vano ascienden hacia el cielo vacío; a las escasas y desdichadas semillas, que en vano germinan en suelo árido; a los pájaros que creen sus matrimonios bendecidos por alguien, que se equivocan al construir sus nidos en un páramo barrido por vientos fríos y violentos. Retoma tristemente su camino hacia un desierto casi igual al que acabara de recorrer, escoltado por un pálido fantasma al que llamamos Razón, que aclara con una pálida linterna la aridez de su camino y, para aplacar la renaciente sed de pasión que de vez en cuando lo atrapa, le vierte el veneno del tedio.

De pronto, al escuchar un profundo suspiro y un sollozo mal reprimido, se volvió hacia la señora de Cosmelly; ella lloraba abundantemente y no tenía ya fuerzas para ocultar sus lágrimas.

La observó por un rato en silencio, con la pose más enternecida y untuosa que pudo fingir; el hipócrita y brutal comediante estaba orgulloso de esas preciosas lágrimas; las consideraba como obra y propiedad literaria suyas. Mas estaba confundido respecto al sentido íntimo de aquel dolor; así como *Madame* de Cosmelly, ahogada en su cándida desolación, estaba confundida respecto a la intención de la mirada de su compañero. Se produjo entonces un singular juego de malentendidos, luego del cual Samuel Cramer le tendió definitivamente sus manos, que ella aceptó con tierna confianza.

—Señora —reanudó Samuel después de unos cuantos instantes de silencio, el clásico silencio de la emoción—, la verdadera sabiduría consiste menos en maldecir que en tener esperanza. Sin el divino don de la esperanza, ¿cómo podríamos atravesar ese repugnante desierto de tedio que acabo de describirle? El fantasma que nos acompaña es verdaderamente un fantasma de razón, mas podemos espantarlo rociándole el agua bendita de la primera virtud teológica. Hay una amable filosofía que sabe encontrar consuelo en los objetos de apariencia más indigna. Así como la virtud vale más que la inocencia, y sembrar en el desierto tiene más méritos que libar con despreocupación un huerto fructuoso; del mismo modo es verdaderamente digno de un alma elevada purificarse y purificar a su prójimo con su simple contacto. Así como no hay traición que no se perdone, no hay falta de la que no se nos absuelva, ni olvido que

no pueda sanarse; existe una ciencia de amar al prójimo y de hallarle digno de ser amado, así como existe un saber del buen vivir. Cuanto más delicado sea un espíritu, más bellezas originales descubre; cuanto más tierna y abierta a la divina esperanza sea un alma, más motivos para amar a su prójimo, por más mancillado que éste se encuentre, el alma halla; esto es obra de la caridad, y se ha visto a más de una contrita viajera, perdida en los áridos desiertos de la desilusión, reconquistar la fe y prendarse con más fuerza de aquello que había perdido, con toda razón, al poseer ahora la ciencia de dirigir su pasión y la de su ser amado.

El rostro de *Madame* de Cosmelly empezó lentamente a aclararse; su tristeza resplandecía de esperanza como un sol mojado, y, a penas Samuel terminó su discurso, ella vivamente le dijo con el ingenuo ardor de un niño:

—¿Es realmente cierto, señor, que eso sea posible? ¿Existen, para los desesperados, ramas de las que puedan sujetarse?

—Desde luego, señora.

—¡Ah! Me haría la más dichosa de las mujeres el que usted se dignara enseñarme su fórmula…

—¡Nada más fácil! —replicó brutalmente Samuel.

En medio de este galanteo sentimental, la confianza había arribado y, en efecto, había unido las manos de los dos personajes; tan pronto desaparecieron algunas hesitaciones y prudencias, que a Samuel le parecieron de buen augurio, *Madame* de Cosmelly le hizo partícipe a su vez de sus confidencias, comenzando así:

—Comprendo, señor, todo lo que un alma poética puede sufrir por su aislamiento, y cuán vivamente ha de consumirse en su soledad una ambición de corazón como la suya; pero sus pesares, que no pertenecen más que a usted, provienen, como he podido extraer de la pompa de sus palabras, de extrañas necesidades nunca satisfechas y casi imposibles de satisfacer. Usted sufre, es verdad; pero es posible que su sufrimiento constituya su grandeza y que le sea tan necesario como a otros la felicidad. Ahora, dígnese en escuchar, y en simpatizar con penas más comprensibles —¿un dolor de provincia?—. Espero de usted, señor Cramer, el sabio, el hombre espiritual, los consejos y, si es que es posible, la ayuda de un amigo.

«Usted sabe que en los tiempos en que me conoció, yo era una pequeña niña buena, un poco soñadora ya, igual a usted, aunque

tímida y muy obediente; no me miraba en el espejo tan a menudo como usted, y siempre dudaba en comer o en guardarme en los bolsillos los duraznos y las uvas que usted audazmente robaba de las huertas de nuestros vecinos. Jamás encontraba un placer verdaderamente agradable y completo, a no ser que me estuviera permitido; y me parecía mucho mejor abrazarme con un bello muchacho como usted delante de mi vieja tía que en medio del campo. La coquetería y el cuidado que toda muchacha en edad de casarse debe tener consigo misma me llegó tardíamente. Ni bien supe tocar una romanza en el piano, se me vistió con más cuidado, se me forzaba a mantenerme derecha, me hicieron practicar gimnasia, y se me prohibió estropear mis manos plantando flores o criando pájaros. Se me permitió leer otras cosas a más de Berquin, y empezaron a llevarme con portentosas vestimentas al teatro del lugar a ver malas óperas. Cuando el señor de Cosmelly vino al castillo, pronto sentí por él una viva amistad; comparando su floreciente juventud con la vejez un poco irritable de mi tía, lo hallé de lo más noble y honesto, aparte de que usaba conmigo una galantería de lo más respetuosa. Además se citaban sus más bellos rasgos: un brazo roto en duelo por un amigo algo pusilánime que le había confiado el honor de su hermana, grandes préstamos a antiguos camaradas suyos sin fortuna. ¡Qué sé yo! Tenía con todo el mundo un aire de mando, a la vez afable e irresistible, que sin remedio me dominó. ¿Cómo había vivido antes de llevar con nosotros la vida de castillo? ¿Había conocido otros placeres además de ir de caza conmigo o entonar virtuosas romanzas en mi mal piano? ¿Había tenido amantes? Ni supe nada ni pensé jamás en informarme. Empecé a amarlo con toda la credulidad de una joven muchacha que nunca tuvo tiempo de comparar, y me casé con él —lo que hizo a mi tía muy feliz—. Cuando fui su esposa ante Dios y ante la ley, lo amé incluso más. Lo amé demasiado, sin duda. ¿Estaba en lo correcto o equivocada? ¿Quién podría saberlo? Estaba feliz por ese amor, pero mi error fue creer que nada podía perturbarlo. ¿Lo conocía bien antes de casarme con él? No, sin duda; pero no se puede condenar más por su elección imprudente a una honesta muchacha que desea casarse, que a una mujer de mala vida que ha tomado un amante innoble. La una y la otra —¡pobres desdichadas!—, son igualmente ignorantes. Les falta a esas pobres

víctimas, que llamamos mujeres en edad de casarse, una abyecta educación, es decir, el conocer los vicios del hombre. Quisiera que cada una de esas pobres chiquillas, antes de someterse al vínculo matrimonial, pudiera escuchar en algún lugar secreto, sin ser vistas, a dos hombres discutir entre ellos sobre las cosas de la vida, sobretodo de mujeres. Después de esta primera y temible prueba, ellas podrían entregarse con menos peligro a las terribles suertes del matrimonio, conociendo las virtudes y debilidades de sus futuros tiranos».

Samuel no sabía exactamente adónde quería llegar la encantadora víctima; mas se dio cuenta de que hablaba demasiado de su marido como para ser una mujer desilusionada.

Después de una pausa de algunos minutos, como si temiera abordar el hecho funesto, *Madame* de Cosmelly prosiguió de esta forma:

—Un día, el señor de Cosmelly quiso volver a París; hacía falta que yo resplandeciera y que me ubique a la altura de mis méritos. Una mujer bella e instruida, decía él, se debe a París; tiene que saber actuar delante del mundo y dejar caer algunos rayos de su encanto sobre su marido; una mujer de espíritu noble y de sentido común sabe que no puede esperar gloria alguna a no ser una parte de la de su compañero de viaje, que ella sirve las virtudes de su marido y, sobre todo, que no puede ser respetada si no lo sabe hacer respetar. Sin duda, éste era el medio más sencillo y seguro de hacerse obedecer casi con alegría, de saber que mis esfuerzos y mi obediencia me embellecerían a sus ojos; seguramente no hacía falta tanto para decidirme a abordar aquel terrible París, al que instintivamente temía, y cuyo negro y deslumbrante fantasma erigido en el horizonte de mis sueños oprimía mi pobre corazón de novia. Aquél parecía, al escucharle, el verdadero motivo de nuestro viaje. La vanidad de un marido hace la virtud de una mujer enamorada. Tal vez se mentía a sí mismo con una especie de buena fe y engañaba a su conciencia sin darse demasiada cuenta de ello. En París, tuvimos días reservados para nuestros íntimos, de los que a la larga el señor de Cosmelly se aburría, tal y como se había aburrido de su esposa. Tal vez se había hartado un poco de su mujer, ya que ella sentía demasiado amor y ponía a su corazón por delante de todo. De sus amigos se hartó por la razón contraria. Ellos

no tenían nada que ofrecerle a no ser el placer de las conversaciones monótonas en las que la pasión no ocupaba lugar alguno. Desde entonces, su actividad tomó otro rumbo. Después de los amigos vinieron los caballos y el juego. El murmullo del mundo y la visita de aquellos que descansaban sin trabas y que sin cesar le contaban los recuerdos de una loca y ocupada juventud, lo alejaron de las largas conversaciones hogareñas y de su sitio junto al fuego. Él, que jamás había tenido otro asunto que su corazón, tuvo varias distracciones. Rico y sin profesión, supo crearse multitud de ocupaciones renuentes y frívolas que ocupaban todo su tiempo. Las preguntas conyugales: «¿A dónde vas?», «¿A qué hora te veremos? ¡Regresa pronto!», tuve que reprimirlas en el fondo de mi pecho; ya que la vida inglesa —asesina de todo corazón—, la vida de los clubes y de los círculos, lo había absorbido por completo. El cuidado exclusivo de su persona y el dandismo que destilaba ante todo me chocaron, pues era evidente que yo no era el motivo. Yo quería hacer como él, estar más bella, quiero decir coqueta, coqueta para él, como lo era él para el mundo; antes yo ofrecía todo, lo daba todo, a partir de entonces quise hacerme rogar. Quería reanimar las cenizas de mi extinta felicidad, agitándolas y revolviéndolas; pero al parecer yo era poco hábil para la astucia y bastante torpe para el vicio; ya que no se dignó ni en percibirlo. Mi tía, cruel como todas las mujeres viejas y envidiosas que son reducidas a admirar un espectáculo del que antaño fueron protagonistas, y a contemplar alegrías inaccesibles para ellas, puso gran esmero en hacerme saber, por medición interesada de un primo del señor de Cosmelly, que él se había enamorado de una actriz muy en boga y aclamada. Me hice entonces llevar a todos los espectáculos, y cada vez que veía entrar en escena a alguna mujer medianamente bella, temblaba al imaginar en ella a mi rival. Finalmente me enteré, por caridad del mismo primo, que se trataba de la Fanfarlo, una bailarina tan hermosa como tonta. Usted, que es autor, sin duda la conoce. Yo no soy ni muy vanidosa ni muy orgullosa de mi figura; pero, se lo juro, señor Cramer, que repetidas veces, por la noche, a eso de las cuatro o cinco de la mañana, cansada de esperar a mi marido, con los ojos rojos por los llantos y el insomnio, luego de largos y suplicantes ruegos por su retorno a la fidelidad y al deber, le pregunté a Dios, a mi conciencia y a mi espejo, si yo era tan bella como esa miserable

Fanfarlo. Mi espejo y mi conciencia respondieron que sí. Dios me ha prohibido vanagloriarme de ello, pero no de tomarlo como una legítima victoria. ¿Por qué entre dos mujeres de igual belleza, los hombres prefieren la flor que ha sido respirada por todos en vez de la que ha sido escondida de los pasantes entre los más oscuros senderos del jardín conyugal? ¿Por qué las mujeres pródigas de sus cuerpos, tesoro del cual un sólo sultán debe tener la llave, tienen más admiradores que nosotras, las infelices mártires de un único amor? ¿De qué mágico encanto el vicio aureola a ciertas mujeres? ¡Responda, usted que, por su estado, de seguro conoce todos los sentimientos existentes así como sus diversos orígenes!

Samuel no tuvo tiempo de responder, pues ella ardientemente continuó:

—Pero al señor de Cosmelly le pesarán sobre su conciencia faltas muy graves, eso si la pérdida de un alma joven y virgen interesa al Dios que la creó para dicha de otra. Si el señor de Cosmelly muriera esta misma tarde, tendría que implorar por varias absoluciones; ya que, por su culpa, su mujer ha experimentado horribles sentimientos: el odio, la desconfianza al ser amado y la sed de venganza. ¡Ah, señor! He pasado noches muy dolorosas, insomnios muy inquietos; rezo, maldigo, blasfemo… El cura me dice que hay que llevar nuestra cruz con resignación; pero el amor desmedido, la fe quebrantada, no saben resignarse. Mi confesor no es mujer, y yo amo a mi marido; lo amo, señor, con toda la pasión y todo el dolor de una amante batida y postrada en sus pies. No hay nada que no haya intentado. En lugar de las vestimentas sombrías y sencillas con las cuales su mirada antaño se extasiaba, usé trajes alocados y suntuosos como los que usan las actrices. Yo, la casta esposa que él había ido a buscar al fondo de un pobre castillo, desfilé ante él con ropa de mujerzuela; me comportaba espiritual y alegre cuando sentía la muerte recorrer mi corazón. Llene mi desesperación de lentejuelas con mis deslumbrantes sonrisas. Desgraciadamente, él no vio nada. ¡Me pinté de rojo, señor, de rojo! Como puede ver, es una historia banal, la historia de todas las desdichadas, ¡una historia de provincia!

Mientras ella sollozaba, Samuel puso cara de Tartufo agarrado del cuello por Orgón, el inesperado esposo que se lanza del fondo de su escondite, como los virtuosos sollozos de la dama que

brotaban desde su corazón, agarrando por el cuello la tambaleante hipocresía de nuestro poeta.

El abandono extremo, la libertad y la confianza de *Madame* de Cosmelly lo habían animado prodigiosamente, sin sorprenderlo. Samuel Cramer, que a menudo sorprendía al mundo, no se sorprendía con frecuencia. Parecía querer poner en práctica y demostrar en su propia vida la veracidad de aquel pensamiento de Diderot: «La incredulidad es a veces el vicio del tonto, y la credulidad el defecto del hombre de genio. El hombre de genio ve lejos en la inmensidad de las posibilidades. El tonto sólo ve como posible aquello que lo es. Tal vez sea eso lo que vuelve a uno pusilánime y al otro temerario». Esto responde a todo. Varios lectores escrupulosos y amantes de la verdad verosímil tendrán sin duda mucho que replicar en contra de esta historia, en la que, sin embargo, no tuve más que cambiar los nombres y acentuar ciertos detalles; ¿cómo, dirán ellos, Samuel, un poeta de mal tono y costumbres reprochables, pudo abordar tan prestamente a una mujer como *Madame* de Cosmelly?, ¿cómo pudo volcar la conversación, de una novela de Scott, a un torrente de poesía romántica y banal?, ¿y cómo *Madame* de Cosmelly, la discreta y virtuosa esposa, soltó tan prontamente, sin pudor ni desconfianza, sus penas? A lo que yo respondo que *Madame* de Cosmelly era tan simple como una hermosa alma, y que Samuel era tan audaz como las mariposas, los abejorros y los poetas; se arrojaba sobre todas las llamas y entraba por todas las ventanas. El pensamiento de Diderot explica por qué ella era tan solitaria, mientras que él tan brusco e imprudente. También explica las meteduras de pata que Samuel cometió durante toda su vida, las mismas que un tonto no cometería. Aquella porción del público que es esencialmente pusilánime no comprenderá suficientemente la personalidad de Samuel, quien era esencialmente crédulo e imaginativo, al punto de creer, como poeta, en su público; y como hombre, en sus propias pasiones.

A partir de ese momento se percató de que aquella mujer era más fuerte y profunda de lo parecía, además de que no debía enfrentarse abiertamente a su cándida piedad. Entonces, nuevamente empezó a prodigarle su jerga romántica. Avergonzado por haberse comportado como tonto, quería ahora dárselas de

astuto; le habló por un rato, con su dialecto de seminarista aún presente, de heridas a cerrar y a cauterizar mediante la abertura de nuevas llagas que sangrarían largamente y que no producirían dolor alguno. Cualquiera que haya querido, sin tener la fuerza absoluta de Valmont o de Lovelace, poseer a una mujer honesta y confiada, sabe con qué risible y enfática torpeza uno ofrece su corazón diciendo: «Tómelo, mi corazón es suyo»; —eso me dispensará de explicarles lo tonto que fue Samuel—. *Madame* de Cosmelly, aquella amable Elmira que poseía el juicio claro y alerta de la virtud, dilucidó rápidamente el partido que podía sacar de nuestro ingenuo canalla, para felicidad propia y para dignidad de su marido. Le pagó, pues, con la misma moneda; dejó primeramente que le apretara las manos, comenzando luego a hablarle de amistad y de cosas platónicas. Entonces le murmuró la palabra venganza; dijo que una mujer, en dolorosas crisis como ésta, le daría con gusto a su vengador el poco corazón que el pérfido le hubiera dejado; y otras boberías y galanterías dramáticas. En resumen, utilizó la coquetería por la buena causa, y nuestro astuto joven, que era más atontado que un sabio, prometió arrancar de la Fanfarlo al señor de Cosmelly y alejarlo de la cortesana, esperando encontrar en los brazos de la honesta mujer la recompensa de su obra meritoria. Y es que nadie más que un poeta sería tan cándido como para inventar monstruosidades semejantes.

Un detalle bastante cómico de esta historia, y que fue como un intermedio en el doloroso drama que iba a desarrollarse entre estos cuatro personajes, fue el malentendido ocurrido con los sonetos de Samuel —ya que, con respecto a los sonetos, era incorregible—. El uno era para *Madame* de Cosmelly, en el cual exaltaba en estilo místico su belleza de Beatriz, su voz, la pureza angelical de sus ojos, la castidad de sus andares, etc… El otro era para la Fanfarlo, en el cual se sirvió de un guiso de picantes galanterías capaces de hacerle subir la sangre al paladar del menos novato, género poético en el cual, de entre todos, él sobresalía, y en el cual había, a buena hora, sobrepasado todas las andaluzadas posibles. El primer fragmento llegó a casa de la criatura, que tiró ese plato de pepinos al tacho de los cigarros; el segundo llegó a casa de la pobre abandonada, que en

primera instancia abrió grandes ojos, terminó por comprender y, a pesar de sus tristezas, no pudo evitar reír a carcajadas, como en sus mejores tiempos.

Samuel fue al teatro y se puso a estudiar a la Fanfarlo sobre el escenario. La encontró ligera, magnífica, vigorosa, de buen gusto en sus atavíos, y juzgó al señor de Cosmelly dichoso al poder arruinarse por semejante criatura.

Se presentó dos veces en casa de ella, una casita con una escalera aterciopelada en un barrio nuevo lleno de plantas; pero no podía presentarse sin algún pretexto razonable. Una declaración de amor era algo profundamente inútil y hasta peligroso. El fracaso le habría prohibido regresar. En cuanto a hacerse presentar, sabía que la Fanfarlo no recibía a nadie. Algunos íntimos la veían de cuando en cuando. ¿Qué venía a decir o hacer en casa de una bailarina magníficamente pagada y mantenida, además de adorada por su amante?, ¿qué venía a ofrecerle él, que no era ni sastre, ni costurera, ni maestro de *ballet*, ni millonario? Tomó entonces un partido simple y brutal, debía hacer que la Fanfarlo viniese hasta él. En aquella época, los artículos de elogio y crítica tenían mucho más valor que ahora. Las *facilidades* del folletín, como decía recientemente un valiente abogado en un proceso tristemente célebre, eran mucho mayores que hoy en día. Como ciertos talentos habían capitulado ya ante los periodistas, la insolencia de aquella juventud despistada y aventurera no conocía límites. Así emprendió Samuel —él, que no sabía ni jota de música— la especialidad de los teatros líricos.

Desde entonces, la Fanfarlo fue semanalmente difamada al pie de un importante periódico. No se podía decir ni suponer que ella tuviera la pierna, el tobillo o la rodilla mal tornados; los músculos jugaban bajo la media, y todos los binoculares hubieran gritado ante alguna blasfemia. Fue acusada de ser brutal, común, carente de gusto, de querer importar al teatro las costumbres del Rin y de los Pirineos, castañuelas, espuelas, botas con tacones, —sin contar que bebía como granadero y que le fascinaban demasiado los perros y la hija de su portera— y otros trapos sucios de su vida privada y que son, para algunos pequeños periódicos, pasto y golosina

periodística. Se le oponía con aquella táctica común en los periodistas que consiste en comparar cosas incomparables, una dama etérea, siempre vestida de blanco, y de la que castos movimientos dejaban a todas las conciencias en reposo. Algunas veces la Fanfarlo gritaba y reía muy alto hacia el patio de butacas al acabar un salto sobre las candilejas; hasta osaba caminar mientras danzaba. Nunca usaba insípidos vestidos de gaza de aquellos que dejan ver todo y no dejan adivinar nada. Le encantaban las telas que hacen ruido, las blusas de saltimbanqui, las faldas largas, crujientes, con lentejuelas y adornos de hojalata, que hay que levantar muy alto con la rodilla; al bailar no usaba aros, sino pendientes, e incluso osaría decir lustres. Con gusto llevaría atadas a la parte baja de su falda multitud de pequeñas muñecas extrañas, como hacen las viejas bohemias que adivinan la suerte de una manera amenazante, y que se encuentran en el Sur, en los arcos de las ruinas romanas. Estos atractivos, y otros muchos más, hicieron que el romántico Samuel, uno de los últimos románticos que Francia posee, enloqueciera de amor por ella.

De modo que, después de haber denigrado durante tres meses a la Fanfarlo, quedó perdidamente enamorado, y ella quiso por fin saber quién era el monstruo, el corazón de piedra, el pedante, el pobre diablo que negaba tan obstinadamente la realeza de su genio.

Hace falta hacer justicia a la Fanfarlo, ya que en ella sólo hubo un movimiento de curiosidad, nada más. ¿Semejante hombre tenía realmente la nariz entre los ojos, estaba del todo conformado como el resto de los hombres? Cuando obtuvo una o dos informaciones sobre Samuel Cramer: que era un hombre como cualquier otro, con algo de criterio y algo de talento; comprendió que había algo que adivinar, y que el terrible artículo del lunes bien podría ser una extraña clase de ramo de flores semanal o la carta de visita de un obstinado solicitante.

La encontró una noche en su camerino. Dos vastas antorchas y un gran fuego hacían temblar la luz sobre las abigarradas vestimentas que llevaba a rastras por su tocador.

La reina del lugar, al momento de marcharse, retomaba su atavío de simple mortal y, en cuclillas sobre una silla, calzaba sin pudor su adorable pierna; sus manos, generosamente estilizadas, hacían pasear un cordón a través de los ojetes del borceguí como

una ágil lanzadera, sin pensar en que le hacía falta acomodarse su enagua. Aquella pierna era ya, para Samuel, objeto de un eterno deseo. Larga, fina, fuerte, generosa y fibrosa a la vez, poseía toda la corrección de lo bello y toda la atracción libertina de lo lindo. Cortada perpendicularmente en la parte más grande, la pierna habría dado una especie de triángulo en el que el vértice estaría situado en la tibia, y en el que la línea redondeada de la pantorrilla formaría la base convexa. La verdadera pierna de un hombre es demasiado dura y las piernas de las mujeres coloreadas por Devéria son en cambio demasiado blandas como para dar una idea.

Con esa agradable actitud, su cabeza, inclinada hacia su pie, exponía un cuello de procónsul, ancho y robusto, dejando adivinar el surco de los omóplatos, revestidos por una abundante carne morena. Los cabellos, pesados y apretados, caían hacia delante por ambos lados, rozándole la sien y ocultando sus ojos, de modo que a cada instante tenía que moverlos y echarlos hacia atrás. Una traviesa y encantadora impaciencia, como la de un niño malcriado que decide que algo no debe ir tan rápido, removía a toda la criatura, incluyendo su vestimenta, y revelaba a cada instante nuevos puntos de vista y nuevos efectos de líneas y de colores.

Samuel se detuvo con respeto, o fingió detenerse con respeto; ya que, con ese diablo de hombre, el gran problema siempre es saber dónde comienza el comediante.

—¡Oh, aquí está, señor! —le dijo ella sin molestarse, aun cuando le habían prevenido unos minutos antes de la visita de Samuel— ¿Tiene algo que preguntarme, no es verdad?

La sublime impudicia de estas palabras fue directo al corazón del pobre Samuel; había charlado como un loro romántico durante ocho horas con *Madame* de Cosmelly; en cambio aquí, respondió tranquilamente:

—Sí, señora.

Y las lágrimas llenaron sus ojos.

Esto fue un éxito rotundo, la Fanfarlo sonrió.

—¿Pero qué bicho le picó, señor, para atacarme de tal manera? Qué horrible profesión…

—Horrible en efecto, señora… Es que la adoro.

—Me lo imaginaba —replicó la Fanfarlo—. Pero usted es un monstruo, esa táctica es abominable. ¡Pobres de nosotras las

mujeres! —acotó riendo—. Flore, trae mi brazalete… Y usted deme el brazo hasta mi coche y dígame qué le pareció mi actuación de esta noche.

Caminaron así, tomados del brazo, como dos viejos amigos; Samuel la amaba, o al menos sentía a su corazón sacudirse fuertemente. Su comportamiento tal vez había sido singular, pero al menos esta vez, no había sido ridículo.

En medio de su regocijo, casi olvida avisar a *Madame* de Cosmelly de su éxito, y así llevar una esperanza a su hogar desierto.

Unos días después, la Fanfarlo interpretaba a Colombina en una vasta pantomima hecha para ella por personas de genio. Aparecía, gracias a una agradable sucesión de metamorfosis, en los personajes de Colombina, de Margarita, de Elvira y de Ceferina, y recibía, alegrándose lo más posible, los besos de varias generaciones de personajes tomados de varios países y de diversas literaturas. Un gran músico había aceptado hacer una fantástica partitura, apropiada para la rareza del tema. La Fanfarlo se turnó en ser decente, mágica, loca, jovial; fue sublime en su arte, tan comediante con las piernas como bailarina con los ojos.

Entre nosotros, dicho sea de paso, se desprecia demasiado el arte de la danza. Todas las grandes personas, empezando por las del mundo antiguo, las de India y las de Arabia, la han cultivado igual que a la poesía. La danza está a la par, o incluso por encima de la música, así como lo visible y lo creado están por encima de lo invisible y lo increado, esto para varias organizaciones paganas. Y sólo pueden comprenderlo aquéllos a quienes la música evoca ideas pictóricas. La danza puede revelar todo lo misterioso de la música, aparte de poseer el mérito de ser más humana y palpable. La danza es la poesía con brazos y piernas; es la materia, graciosa, terrible y animada, adornada por el movimiento. Terpsícore es una musa del sur; presumo que era demasiado morena, y que a menudo agitaba los pies en los trigales dorados; sus movimientos, llenos de una cadencia precisa, son divinos motivos para la estatuaria. Pero Fanfarlo la católica, no satisfecha al rivalizar con Terpsícore, llamó en su auxilio a toda el arte de las divinidades modernas. La niebla mezcla formas de hadas y de ondinas menos vaporosas y menos

indolentes. Fue a la vez un capricho de Shakespeare y una bufonería italiana.

El poeta estaba feliz, creía tener frente a sus ojos el sueño de sus días más lejanos. Con gusto habría saltado en su camerino de una manera ridícula, y se habría roto la cabeza contra cualquier cosa, en la loca embriaguez que lo dominaba.

Una calesa baja y bien cerrada rápidamente arrebató al poeta y a la bailarina hacia la casita de la que ya hablé.

Nuestro hombre expresaba su emoción por medio de besos mudos que le aplicaba con fervor en los pies y en las manos. Ella también lo admiraba con viveza, no porque ignorara el poder de sus encantos, sino porque jamás había visto un hombre tan extraño ni una pasión tan eléctrica.

El día estaba oscuro como una tumba; y el viento, meciendo montones de nubes, descargaba con sus sacudidas un fuerte chaparrón de granizo y lluvia. Una gran tormenta hacía temblar las buhardillas y gemir los campanarios; el arroyo, lecho fúnebre donde se pierden las cartas románticas y las orgías de la víspera, arrastraba en borbollones sus mil secretos a las alcantarillas; la muerte se cernía alegremente sobre los hospitales, y los Chatterton y los Savage de la calle Saint-Jacques crispaban sus fríos dedos sobre los escritorios; cuando el hombre más falso, el más egoísta, el más sensual, el más goloso, el más espiritual de nuestros amigos se instalaba frente a una deliciosa cena y una buena mesa, en compañía de una de las mujeres más bellas que la naturaleza haya creado para el placer de los ojos. Samuel quiso abrir la ventana para echar una mirada triunfante sobre la maldita ciudad; después, bajando la mirada sobre las diversas delicias que tenía ante sí, se apresuró a disfrutar de ellas.

En compañía de semejantes cosas, debía ser elocuente: por lo tanto, a pesar de su frente demasiado alta, sus cabellos de selva virgen y su nariz de bebedor, la Fanfarlo lo halló casi atractivo.

Samuel y la Fanfarlo tenían exactamente las mismas ideas en cuento a la cocina y al sistema de alimentación necesario para las criaturas de élite. Las carnes desabridas y los pescados sosos estaban excluidos de las cenas de aquella sirena. El champaña rara vez

faltaba en su mesa. Los burdeos más famosos y más perfumados cedían el paso al pesado y cargado batallón de los borgoñas, de los vinos de Auvergne, de Anjou o del Mediodía, y a los vinos extranjeros: alemanes, griegos y españoles. Samuel tenía la costumbre de decir que un vaso de buen vino debía asimilarse a un racimo de uvas negras y que debía haber tanto para comer que como para beber. La Fanfarlo gustaba de las carnes poco cocidas y de los vinos que embriagaban; por lo demás, jamás se embriagaba. Ambos profesaban una sincera y profunda estima por la trufa. La trufa, esa vegetación sorda y misteriosa de Cibeles, esa sabrosa enfermedad que ha ocultado en sus entrañas más tiempo que el metal más precioso, esa exquisita materia que desafía la ciencia del agrónomo, como el oro desafía la de Paracelso; la trufa, que marca la diferencia entre el mundo antiguo y el moderno, y que, ante un vaso de Chío, crea el mismo efecto que varios ceros después de una cifra.

En cuanto a las salsas, ragús y aderezos, cuestión seria que demandaría un capítulo tan serio como el de un folleto científico, puedo afirmarles que estaban perfectamente de acuerdo, sobre todo en la necesidad de llamar en ayuda de la cocina a toda la farmacéutica de la naturaleza. Pimientos, polvos ingleses, azafranes, sustancias coloniales, polvos exóticos; todo les parecía bueno, incluso el almizcle y el incienso. Si Cleopatra viviera todavía, tengo por seguro que hubiera querido preparar filetes de buey o de venado con perfumes de Arabia. En efecto, es deplorable que los grandes cocineros de ahora no sean obligados por una ley especial y obligatoria a conocer las propiedades químicas de las materias; y que no sepan descubrir, para los casos que lo ameriten, como una velada amorosa, elementos culinarios casi inflamables, prontos a recorrer el sistema orgánico como el ácido prúsico y a volatizarse como el éter.

Cosa curiosa, esta conformidad de opiniones por el buen vivir, esta similitud de gustos, los unió vivamente; esta profunda armonía en la vida sensual, que brillaba en cada mirada y en cada palabra de Samuel, impresionó mucho a la Fanfarlo. Su palabra, unas veces brutal como una cifra, otras delicada y perfumada como una flor o una bolsa de lavanda; y aquella extraña forma de conversar, de la que sólo él conocía el secreto; le permitieron ganarse los favores de

aquella encantadora mujer. Por lo demás, al inspeccionar la recámara de la Fanfarlo descubrió, no sin una viva y profunda satisfacción, una perfecta confraternidad de gustos y sentimientos en lo referente al amueblamiento y a la construcción de interiores. Cramer odiaba profundamente, y a mi parecer tenía toda la razón, las grandes líneas rectas en materia de apartamentos y la arquitectura importada en los hogares domésticos. Los vastos salones de los viejos castillos me dan miedo, y compadezco a las señoras que estaban obligadas a hacer el amor en esos gigantescos dormitorios que parecían más bien cementerios, en esos grandes catafalcos que se hacían llamar camas, en esos grandes monumentos que tomaban el pseudónimo de sillones. Los apartamentos de Pompeya son tan grandes como una mano; las ruinas indias que cubren la costa de Malabar atestiguan el mismo sistema. Esos grandes pueblos, voluptuosos y sabios, conocen perfectamente la razón. Los sentimientos íntimos no pueden recogerse a sus anchas más que en espacios lo suficientemente estrechos.

La recámara de la Fanfarlo era pues muy pequeña, muy baja, obstruida por cosas blandas, perfumadas y de peligroso contacto; el aire, cargado de extraños miasmas, hacía dar ganas de morir lentamente allí, como en un caliente invernadero. La luz de la lámpara jugaba sobre un batiburrillo de encajes y telas de un tono violento pero equívoco. Aquí y allá, sobre las paredes, aquella luz iluminaba algunas pinturas llenas de voluptuosidad española: carnes extremadamente blancas sobre fondos sumamente negros. Era al fondo de aquel encantador tugurio, que tenía a la vez aire de lugar maligno y de santuario, donde Samuel vio avanzar hacia él a la nueva diosa de su corazón, en el radiante y sagrado esplendor de su desnudez.

¿Qué hombre no querría, aun al precio de la mitad de sus días, ver a su sueño, a su verdadero sueño, posar sin velos delante de él, al fantasma adorado de su imaginación haciendo caer una a una todas las prendas destinadas a preservarlo de las miradas del vulgo? Pero he aquí que Samuel, arrebatado por un extraño capricho, se puso a gritar como un niño mimado: ¡Quiero a Colombina, devuélveme a Colombina! ¡Devuélvemela tal y como se me presentó la noche en que me enloqueció con su caprichoso atavío y su corpiño de saltimbanqui!

La Fanfarlo, sorprendida al principio, aceptó prestarse a la excentricidad del hombre que había elegido, y llamó a Flore; la que por mucho que insistió en que eran las tres de la mañana, que todo estaba cerrada en el teatro, el portero dormido, el clima horrible —la tormenta continuaba con su alboroto—, tuvo que obedecer a la que también obedecía. La sirvienta salía; cuando Cramer, presa de una nueva idea, se guindó por la ventana y gritó con voz de trueno:

— ¡Hey! ¡No olvide el lápiz labial!

Ese rasgo característico, que fue mencionado por la misma Fanfarlo una noche en que sus amigas la interrogaron sobre el comienzo de su relación con Samuel, no me sorprendió en absoluto; pude reconocer claramente en él al autor de las *Osífragas*. Siempre amará el carmín y el albayalde, la crisocola y los oropeles de toda clase. Con gusto cambiaría de color los árboles y el cielo, y si Dios le hubiera confiado el plan de la naturaleza, quizás lo habría arruinado.

Aunque Samuel tenía una imaginación depravada, y tal vez a causa de este mismo motivo, el amor era en él un asunto que concernía más al razonamiento que a los sentidos. Era sobretodo admiración y apetito por lo bello, consideraba a la reproducción como un vicio del amor y al embarazo como una enfermedad de araña. En alguna parte escribió: «Los ángeles son hermafroditas y estériles». Amaba al cuerpo humano como una armonía material, como una bella arquitectura a la que se añade movimiento; y ese materialismo absoluto no estaba lejos del idealismo más puro. Pero como en lo bello, que es la causa del amor, según él había dos elementos: la línea y el atractivo —y como todo esto se refiere a la línea—; el atractivo para él, al menos aquella noche, era el lápiz labial.

La Fanfarlo resumía para él la línea y el atractivo; y cuando, sentada en el borde de la cama, en la despreocupación y la calma victoriosa de la mujer amada, con las manos posadas delicadamente sobre él, la miraba; le parecía ver el infinito detrás de los ojos claros de aquella belleza, y sentía que los suyos a la larga planeaban sobre inmensos horizontes. Por lo demás, como sucede a los hombres excepcionales, a menudo estaba solo en su paraíso, ya que nadie podía habitarlo con él; y si, por casualidad, él la raptaba y la traía casi a la fuerza, ella se quedaba siempre atrás: por lo que, bajo el

cielo en que él reinaba, su amor comenzaba a estar triste y enfermo de melancolía del azul, como un rey solitario.

Sin embargo, jamás se aburrió de ella; jamás, al abandonar su reducto amoroso, andando ligeramente sobre la acera, bajo el fresco aire de la mañana, probó aquella diversión egoísta del cigarrillo y las manos en los bolsillos, de la que nos habló en alguna parte nuestro gran novelista moderno.

A falta de corazón, Samuel tenía una inteligencia noble, y, en lugar de ingratitud, el deleite había engendrado en él esa conformidad deliciosa, ese ensueño sensual, que tal vez valga más que el amor, tal como lo ve el vulgo. Por lo demás, la Fanfarlo dio lo mejor de ella y le procuró sus más hábiles caricias, dándose cuenta que el hombre valía la pena: se había acostumbrado a ese lenguaje místico, saturado de impurezas y crudezas enormes. Aquello tenía al menos el atractivo de la novedad.

La súbita pasión de la bailarina había causado un escándalo. Hubo varias cancelaciones de espectáculos, la Fanfarlo descuidó sus ensayos; muchos envidiaban a Samuel.

Una noche en que el azar, el tedio del señor de Cosmelly o una serie de artimañas de su mujer los había reunido junto al fuego, después de uno de esos largos silencios que tienen lugar en las parejas que ya no tienen nada que decirse pero sí mucho que ocultarse; después de haberle hecho el mejor té del mundo, en una tetera bastante modesta y resquebrajada, quizás todavía del castillo de su tía; después de haber cantado bajo los acordes de un piano algunos fragmentos de una música en boga diez años atrás; ella le dijo, con la voz dulce y prudente de la virtud que quiere ser amable y teme espantar al objeto de sus afectos, que lo compadecía mucho y que había llorado mucho, más por él que por sí misma; que al menos hubiese querido, en su completa resignación sumisa y abnegada, que él pudiese encontrar en otros brazos el amor que ya no le pedía a su mujer; que había sufrido más al verlo caer que al verse abandonada; que, además, gran parte de la culpa era suya, por haber descuidado sus deberes de tierna esposa al no haber advertido a su marido del peligro; que, por lo demás, ella estaba dispuesta a cerrar esa herida sangrante y a reparar ella sola la

imprudencia de ambos, etc. La pobre lloraba y lloraba bien, el fuego iluminaba sus lágrimas y su rostro se embellecía con su dolor.

El señor de Cosmelly no dijo ni una palabra antes de salir. Los hombres atrapados en la red de sus propias faltas no toleran hacerle a la clemencia una ofrenda con sus remordimientos. Si fue a la casa de la Fanfarlo, de seguro encontró allí vestigios del desorden, colillas de cigarros y folletines.

Una mañana, Samuel fue despertado por la voz traviesa de la Fanfarlo y, luego de levantar lentamente su fatigada cabeza de la almohada en que reposaba, leyó una carta que ésta le daba:

«Gracias, señor, mil veces gracias; mi felicidad y mi reconocimiento le serán bien retribuidos en un mundo mejor. Lo acepto. Recupero a mi marido de sus manos y me lo llevo esta misma noche a nuestra tierra de C***, donde recobraré la salud y la vida que le debo. Reciba, señor, la promesa de una amistad eterna. Siempre lo he creído demasiado honesto como para no preferir una amistad en lugar de cualquier otra recompensa».

Samuel, tendido entre encajes y apoyado sobre uno de los más frescos y bellos hombros que se haya podido existir, sintió vagamente que había sido burlado, y sintió cierta penar al reunir en su memoria los elementos de la intriga que él mismo había llevado a buen término; pero se dijo tranquilamente: «¿Son realmente nuestras pasiones sinceras? ¿Quién puede saber con certeza aquello que quiere y conocer con exactitud el barómetro de su corazón?».

—¿Qué murmuras? ¿Qué tienes ahí? Quiero ver. —dijo la Fanfarlo.

—¡Ah! No es nada —dijo Samuel—. Es la carta de una mujer honesta a quien le prometí que me convertiría en tu amado.

—Me las pagarás. —dijo ella entre dientes.

Es probable que la Fanfarlo haya amado a Samuel, pero con ese amor que pocas almas conocen, con rencor en el fondo. En cuanto a él, fue castigado por sus pecados. A menudo había fingido pasión, ahora se vio obligado a conocerla; pero no fue ese amor tranquilo, calmado y ardiente que inspiran las mujeres honestas, fue el amor

terrible, desolador y vergonzoso, el amor enfermo de las cortesanas. Samuel conoció todas las torturas de los celos, y el rebajamiento y la tristeza en que nos arroja la conciencia de un mal incurable y constitucional; en pocas palabras, todos los horrores de aquel vicioso matrimonio al que se le da el nombre de concubinato. En cuanto a ella, cada día engorda más; se ha convertido en una belleza gruesa, limpia, lustrada y astuta, una especie de cortesana ministerial. Un día de éstos comulgará por las pascuas y repartirá el pan bendito en su parroquia. Tal vez para aquella época, Samuel, muerto de pena, estará *bien enterrado*, como solía decir en sus buenos tiempos, y la Fanfarlo, con sus aires de canonesa, hará perder la cabeza a algún joven heredero. Mientras tanto, aprende a traer niños al mundo; acaba de parir felizmente un par de gemelos. Samuel ha sacado a la luz cuatro libros científicos: uno sobre los cuatro evangelios, otro sobre el simbolismo de los colores, una memoria sobre un nuevo sistema de anuncios, y un cuarto del que no quiero recordar ni el título. Lo más espantoso de este último es que está lleno de elocuencia, energía y curiosidades. Samuel hasta tuvo el descaro de ponerle como epígrafe: «*Auri sacra fames!*» La Fanfarlo quiere que su amante ingrese al Instituto e intriga al ministerio para que le den la cruz.

¡Pobre cantor de las *Osífragas*! ¡Pobre Manuela de Monteverde! ¡Qué bajo ha caído! Escuché hace poco que fundó un periódico socialista y que quería entrar a la política. ¡Qué inteligencia más deshonesta! —como dice el honesto señor Nisard.

El cuarto doble

Un cuarto que parece un desvarío, un cuarto verdaderamente espiritual, donde la atmósfera estancada está ligeramente teñida de rosa y de azul.

El alma allí toma un baño de pereza, aromatizado por el remordimiento y el deseo. Hay algo de crepuscular, de azulado y de rosado, un delirio de deleite durante un eclipse.

Los muebles tienen formas alargadas, postradas, lánguidas. Los muebles tienen aire de soñar; se dirá dotados de una vida sonámbula, como lo vegetal y lo mineral. Las materias hablan una lengua muerta como las flores, como los cielos, como los soles ponientes.

Sobre los muros ninguna abominación artística. Relativamente al sueño puro, a la impresión sin analizar, el arte definido, el arte positivo es una blasfemia. Así, todo tiene la suficiente claridad y la deliciosa obscuridad de la armonía.

Un aroma infinitesimal de la elección más exquisita, a la que se mezcla una muy ligera humedad, nace en esta atmósfera donde el espíritu durmiente es mecido por sensaciones de sofocación.

La muselina cae abundantemente delante de las ventanas y delante de la cama; se expande en cascadas nevosas. Sobre esa cama está acostado el Ídolo, la soberana de los sueños. ¿Pero cómo está ella ahí? ¿Quién la ha traído? ¿Qué poder mágico la ha instalado sobre ese trono de desvarío y deleite? ¡Qué importa! ¡Allá está! Yo la reconozco.

¡Vean bien esos ojos cuya llama atraviesa el crepúsculo; esos sutiles y terribles mirones, que reconozco por su tremenda malicia! Atraen, subyugan, devoran la mirada del imprudente que los

contempla. Frecuentemente los he estudiado, esas estrellas negras que comandan la curiosidad y la admiración.

¿A qué demonio benevolente debo el estar así rodeado de misterio, de silencio, de paz y de perfumes? ¡Oh Beatitud! Eso que nombramos generalmente la vida, aún en su expansión más feliz, no tiene nada en común con esa vida suprema de la que ahora tengo conocimiento y que saboreo minuto por minuto, segundo por segundo.

¡No! ¡No hay más minutos! ¡No hay más segundos! El tiempo ha desaparecido: es la Eternidad que reina, una eternidad de delicias.

Pero un golpe terrible, torpe, resuena en la puerta, y, como en los sueños infernales, me ha parecido que recibía un golpe de azadón en el estómago.

Y luego un Espectro ha entrado. Es un oficial que viene a torturarme en nombre de la ley; una infame concubina que viene a gritar miseria y a agregar las trivialidades de su vida a los dolores de la mía; o bien el testaferro de un director de diario que reclama el término de un manuscrito.

El cuarto paradisíaco, el ídolo, la soberana de los sueños, la Sílfida, como decía el gran René, toda esa magia ha desaparecido al golpe brutal asestado por el Espectro.

¡Horror! ¡Me acuerdo! ¡Me acuerdo! ¡Sí! Esa choza, esa estancia del eterno tedio, es bien la mía.

¡He aquí los muebles fatuos, polvorientos, descornados; la chimenea sin llama y sin brasa, manchada de escupidas; las ventanas tristes donde la lluvia ha trazado surcos en la polvareda; los manuscritos, tachados o incompletos; el almanaque donde el crayón ha marcado las fechas siniestras!

Y ese perfume de otro mundo, en el que me embriago con una sensibilidad perfeccionada, ¡ay! Ha sido reemplazado por un fétido olor a tabaco mezclado con no sé qué nauseabundo moho.

Se respira aquí ahora lo rancio de la desolación.

En ese mundo estrecho, más sí pleno de disgusto, un solo objeto conocido me sonríe: el frasco del láudano; un viejo y terrible amigo; como todos los amigos, ¡ay! fecundo en caricias y en traiciones.

¡Oh! ¡Sí! El Tiempo ha reparado; el Tiempo reina soberano ahora; y con el horroroso viejo ha vuelto todo su demoníaco cortejo de Recuerdos, de Remordimientos, de Espasmos, de Pavor, de

Angustias, de Pesadilla, de Cóleras y de Neurosis.

Yo les aseguro que los segundos ahora están fuertemente y solemnemente acentuados, y cada uno, saltando del péndulo, dice: «¡Yo soy la Vida, la insoportable, la implacable Vida!».

No hay más que un Segundo en la vida humana que tenga la misión de anunciar una buena nueva, la buena nueva que causa a cada uno un inexplicable pavor.

¡Sí! El Tiempo reina: ha retomado su brutal dictadura. Y me empuja con su doble aguijón. «¡Y arre así! ¡borrico! ¡Suda así, esclavo!, ¡Vive así, maldito!».

El jugador generoso

A través del gentío de la avenida, ayer me sentí rozado por un Ser misterioso que siempre había deseado conocer y al que reconocí enseguida, si bien no lo había visto nunca. En relación a mí, seguramente había en él un deseo análogo, pues al pasar me guiñó el ojo significativamente por lo cual me apresuré a obedecerlo. Lo seguí atentamente y en seguida descendí detrás de él a una vivienda subterránea, resplandeciente, donde estallaba un lujo tal que ninguna de las habitaciones superiores de París podría ofrecer un ejemplo aproximado. Me pareció singular que yo hubiera podido pasar tan a menudo al lado de esa prestigiosa guarida sin adivinar la entrada; allí reinaba una atmósfera exquisita, aunque excitante, que hacía olvidar casi instantáneamente todos los horrores fastidiosos de la vida; allí se respiraba una oscura beatitud, análoga a la que debieron de experimentar los comedores de loto cuando, al desembarcar en una isla encantada, iluminada por resplandores de una tarde eterna, sintieron nacer en ellos, con los sonidos adormecedores de cascadas melodiosas, el deseo de volver ya nunca más a sus penates, a sus mujeres, a sus niños, de no volver a subir nunca más a las altas olas del mar.

Allí había rostros extraños de hombres y de mujeres marcados por una fatal belleza, que me parecía haber visto ya en épocas y países que me era imposible recordar exactamente, y que me inspiraban más bien una simpatía fraternal que ese temor que nace ordinariamente frente al aspecto de lo desconocido. Si quisiera tratar de definir de algún modo la expresión singular de sus miradas, diría que jamás he visto unos ojos que brillaran más enérgicamente de horror al aburrimiento y del deseo inmortal de

sentirse vivos.

Al sentarme, mi huésped y yo ya éramos viejos y perfectos amigos. Comimos, bebimos con exceso toda clase de vinos extraordinarios, y cosa no menos extraordinaria, después de varias horas me parecía que yo no estaba más ebrio que él. Sin embargo, el juego, ese placer sobrehumano, había cortado en diversos intervalos nuestras frecuentes libaciones, y debo decir que nos habíamos jugado el alma, y de común acuerdo, yo la había perdido, con una despreocupación y una ligereza heroicas. El alma es una cosa impalpable, tan a menudo inútil y algunas veces tan molesta que en cuanto a esta pérdida, sólo sentí un poco menos de emoción que si en el curso de un paseo hubiera perdido mi tarjeta de visita.

Fumamos largamente algunos cigarros cuyo sabor y perfume incomparables daban al alma la nostalgia por el país y las dichas desconocidas, y embriagado por todas estas delicias, me atreví a exclamar, en un acceso de familiaridad que pareció no disgustarle, y apoderándome de una copa llena hasta el borde: «A su salud inmortal, viejo Satán».

También hablamos del universo, de su creación y su futura destrucción; de la gran idea del siglo, es decir, del progreso y de la perfectibilidad y, en general, de todas las formas de la infatuación humana. Sobre este tema, Su Alteza no paraba de hacer bromas ligeras e irrefutables, y se expresaba con una suavidad de dicción y una tranquilidad en la gracia que no había encontrado en ningún otro de los conversadores de la humanidad. Me explicó el absurdo de las diferentes filosofías que hasta ese momento habían tomado posesión del cerebro humano, y hasta se dignó a hacerme la confidencia de algunos principios fundamentales cuyos beneficios y propiedad no me conviene compartir con quien quiera que sea. Ella no se quejaba de ningún modo de la mala reputación de la que gozaba en todas partes del mundo, me aseguró que ella misma era la persona más interesada en la destrucción de la superstición y me confesó que en relación a su propio poder, había tenido miedo una sola vez; fue el día en que había oído a un predicador más sutil que sus colegas, exclamar desde un púlpito: «Hermanos míos, ¡no olvidéis nunca cuando oigáis alabar el progreso de las luces, que la mayor de las artimañas del diablo es persuadiros de que no existe!».

El recuerdo de este célebre orador nos condujo naturalmente

hacia el tema de las academias, y mi extraño comensal me afirmó que en muchos casos él no desdeñaba inspirar la pluma, la palabra y la conciencia de los pedagogos y que casi siempre asistía en persona, aunque invisible, a todas las sesiones académicas.

Animado por tantas bondades, le pedí novedades de Dios y le pregunté si lo había visto recientemente. Me respondió con una despreocupación matizada con cierta tristeza:

—Cuando nos encontramos, nos saludamos como dos viejos gentileshombres en los cuales una cortesía innata no podría apagar completamente el recuerdo de viejos rencores.

Es dudoso que Su Alteza haya dado jamás una audiencia tan larga a un simple mortal, y yo temía abusar de ello. Finalmente, cuando el alba estremecida empezaba a aclarar las ventanas, el célebre personaje, cantado por tantos poetas y servido por tantos filósofos que trabajan en su gloria sin saberlo, me dijo que usted guarde de mí un buen recuerdo, y quiero probarle que yo, de quien se habla tan mal, algunas veces soy un buen diablo, para servirme de una de sus locuciones vulgares. A fin de compensar la pérdida irremediable que usted ha hecho de su alma, le doy la puesta que habría ganado si la suerte hubiera estado de su parte, es decir, la posibilidad de aliviar y vencer, durante toda su vida, esa extraña afección del Aburrimiento, que es la fuente de todas sus enfermedades y de todos sus miserables progresos. Nunca se creará en usted un deseo que yo no ayude a realizar; reinará sobre sus vulgares semejantes; estará abastecido de halagos y hasta de adoraciones; el dinero, el oro, los diamantes, los palacios fantásticos, vendrán a buscarlo y le pedirán que los acepte, sin que usted haya hecho algún esfuerzo para ganarlos; cambiará de patria y de región tan rápido como su fantasía se lo ordene; se embriagará de voluptuosidad, sin hastiarse, en países encantados donde siempre hace calor y donde las mujeres huelen tan bien como las flores, etc., etc. —agregó levantándose y despidiéndome con una buena sonrisa.

Si no hubiera sido por el temor de humillarme ante una reunión tan grande, habría caído de buena gana a los pies de ese jugador generoso para agradecerle su munificencia inaudita. Pero después que lo hube dejado, la incurable desconfianza volvió a entrar en mi pecho poco a poco; ya no me atrevía a creer en una felicidad tan prodigiosa, y al acostarme, diciendo aún la oración por un resto de

costumbre imbécil, repetía en una duermevela: «¡Dios mío! ¡Señor, Dios mío! ¡Haz que el diablo mantenga su palabra!».

La falsa moneda

Cuando nos alejábamos del estanco, mi amigo hizo una minuciosa distribución de sus monedas; en el bolsillo izquierdo del chaleco introdujo varias pequeñas monedas de oro; en el derecho las pequeñas monedas de plata; en el bolsillo del pantalón un puñado de monedas de cobre y, finalmente, en el de la derecha una moneda de plata de dos francos que había examinado atentamente.

—¡Singular y minuciosa distribución! —dije para mis adentros.

Encontramos a un pobre que nos tendió su gorra temblando. No conozco nada más inquietante que la elocuencia muda de esos ojos suplicantes que contienen, para el hombre sensible que sabe leer en ellos, a la vez tanta humildad y tantos reproches. Se encuentra algo similar a esta profundidad de sentimientos en los ojos lacrimosos de los perros a los que se azota.

La limosna de mi amigo fue mucho más considerable que la mía, y le dije:

—Tiene razón; después del placer de ser sorprendido, no hay otro mayor que el de causar una sorpresa.

—Era una moneda falsa —me contestó tranquilamente, como para justificarse de su prodigalidad.

Pero en mi miserable cerebro, siempre ocupado en buscarle tres pies al gato (¡Qué fatigosa facultad me ha regalado la naturaleza!) entró instantáneamente la idea de que semejante conducta por parte de mi amigo sólo era excusable si se trataba de crear un acontecimiento en la vida de aquel pobre diablo, tal vez incluso de conocer las consecuencias diversas, funestas o de otro tipo que puede engendrar una moneda falsa en manos de un mendigo. ¿No podría multiplicarse en monedas auténticas? ¿No podría también

conducirlo a la cárcel? Un tabernero, un panadero, por ejemplo, tal vez hicieran que lo detuvieran como falsificador de monedas o como propagador de las mismas. Igualmente, la falsa moneda podría ser para un pobre especulador el germen de una riqueza de unos cuantos días. Y así mi fantasía seguía su curso, prestándole alas al espíritu de mi amigo y extrayendo todas las deducciones posibles de todas las hipótesis posibles. Pero éste interrumpió bruscamente mi ensoñación retomando mis propias palabras:

—Sí, tiene razón; no hay placer más grato que el de sorprender a un hombre dándole más de lo que espera.

Lo miré fijamente y quedé espantado al ver que sus ojos brillaban con un incontestable candor. Entonces vi claramente que había querido hacer a la vez un acto de caridad y un buen negocio; ganar cuarenta sous y el corazón de Dios; ganarse el paraíso por poco dinero; finalmente recibir gratis el certificado de hombre caritativo. Le habría perdonado el deseo del goce criminal del que hace un instante le creí capaz; habría encontrado curioso, singular, que se divirtiera comprometiendo a los pobres; pero no le perdonaré jamás la bonhomía de su cálculo. Nunca hay excusa para ser perverso, pero puede haber mérito en saber que uno lo es; el más irreparable de los vicios es hacer el mal por imbecilidad.

CHARLES BAUDELAIRE (París, 1821 - 1867). Poeta francés, uno de los máximos exponentes del simbolismo, considerado a menudo el iniciador de la poesía moderna. Hijo del ex sacerdote Joseph-François Baudelaire y de Caroline Dufayis, nació en París el 9 de abril de 1821. Su padre murió el 10 de febrero de 1827 y su madre se casó al año siguiente con el militar Jacques Aupick; Baudelaire nunca aceptó a su padrastro, y los conflictos familiares se transformaron en una constante de su infancia y adolescencia.

En 1831 se trasladó junto a su familia a Lyon y en 1832 ingresó en el Colegio Real, donde estudió hasta 1836, año en que regresaron a París. Continuó sus estudios en el Liceo Louis-le-Grand y fue expulsado por indisciplina en 1839. Más tarde se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de París, y se introdujo en la vida bohemia, conociendo a autores como G. de Nerval y H. de Balzac, y a poetas jóvenes del Barrio Latino. En esa época de diversión también conoció a Sarah «Louchette», prostituta que inspiró algunos de sus poemas y le contagió la sífilis, enfermedad que años más tarde terminaría con su vida.

Su padre adoptivo, el comandante Aupick, descontento con la vida liberal y a menudo libertina que llevaba el joven Baudelaire, lo envió a un largo viaje con el objeto de alejarlo de sus nuevos

hábitos. Embarcó el 9 de junio de 1841 rumbo a la India, pero luego de una escala en la isla Mauricio, regresó a Francia, se instaló de nuevo en la capital y volvió a sus antiguas costumbres desordenadas. Siguió frecuentando los círculos literarios y artísticos y escandalizó a todo París con sus relaciones con Jeanne Duval, la hermosa mulata que le inspiraría algunas de sus más brillantes y controvertidas poesías.

Como ya era mayor de edad, reclamó la herencia paterna, pero su vida de *dandy* le hizo dilapidar la mitad de su herencia, lo que indujo a sus padres a convocar un consejo de familia para imponerle un tutor judicial que controlara sus bienes. El 21 de septiembre de 1844 la familia designó un notario para administrar su patrimonio y le asignó una pequeña renta mensual, situación que profundizó sus conflictos familiares.

A principios de 1845 empezó a consumir hachís y se dedicó a la crítica de arte, publicando *Le Salon de 1845*, un ensayo elogioso sobre la obra de pintores como Delacroix y Manet, entonces todavía muy discutidos. Ante los primeros síntomas de la sífilis y en medio de una fuerte crisis afectiva, intentó suicidarse el 30 de junio de ese año. Más tarde publicó *Le Salon de 1846* y colaboró en revistas con artículos y poemas. Buena muestra de su trabajo como crítico son sus *Curiosidades estéticas*, recopilación póstuma de sus apreciaciones acerca de los salones, al igual que *El arte romántico* (1868), obra que reunió todos sus trabajos de crítica literaria.

Fue además pionero en el campo de la crítica musical, donde destaca sobre todo la opinión favorable que le mereció la obra de Wagner, que consideraba como la síntesis de un arte nuevo. En literatura, los autores Hoffmann y Edgar Allan Poe, del que realizó numerosas traducciones (todavía las únicas existentes en francés), alcanzaban, también según Baudelaire, esta síntesis vanguardista; la misma que persiguió él mismo en *La Fanfarlo* (1847), su única novela, y en sus distintos esbozos de obras teatrales.

Comprometido por su participación en la revolución de 1848, la publicación de *Las flores del mal*, en 1857, acabó de desatar la violenta polémica que se creó en torno a su persona. El 30 de diciembre de 1856, Baudelaire había vendido al editor Poulet-Malassis un conjunto de poemas, trabajados minuciosamente

durante ocho años, bajo el título de *Las flores del mal*, que constituyó su principal obra y marcó un hito en la poesía francesa. El poemario se presentó el 25 de junio de 1857 y provocó escándalo entre algunos críticos. Gustave Bourdin, en la edición de *Le Figaro* del 5 de julio, lo consideró un libro «lleno de monstruosidades», y once días después la justicia ordenó el secuestro de la edición y el proceso al autor y al editor, quienes el 20 de agosto comparecieron ante la Sala Sexta del Tribunal del Sena bajo el cargo de «ofensas a la moral pública y las buenas costumbres». Sin embargo, ni la orden de suprimir seis de los poemas del volumen ni la multa de trescientos francos que le fue impuesta impidieron la reedición de la obra en 1861. En esta nueva versión aparecieron, además, unos treinta y cinco textos inéditos.

Precedido de una dedicatoria en verso «Au Lecteur», desconcertante y penetrante apóstrofe, *Las flores del mal* está dividido en seis secciones: *Spleen e Ideal, Cuadros parisienses, El vino, Flores del mal, Rebeldía y La muerte*. En esta subdivisión ha querido verse la intención del autor de dar a la obra casi el riguroso dibujo de un poema que ilustrase la historia de un alma en sus sucesivas manifestaciones. Así, el espectáculo de la realidad y el resultado de las múltiples experiencias (que proporcionaron el terna a las poesías de la primera y de la segunda secciones) seguramente llevaron al poeta a una desolada angustia, que en vano busca consuelo en los «paraísos artificiales», en la embriaguez; después, a una nueva reflexión sobre el mal con sus perversos atractivos y su desesperado horror, de donde se origina un desesperado grito de rebelión contra el mismo orden de la creación; y, finalmente, el extremo refugio de la muerte. Sin embargo, aunque puedan reconocerse las etapas de su drama personal e incluso las anécdotas biográficas (sus amantes: Jeanne Duval, *Madame* Sabatier, Marie Daubrun), este diseño ideal debe entenderse solamente en su valor simbólico, no como una sucesión propiamente «histórica» de fases sucesivas.

El mismo año de la publicación de *Las flores del mal*, e insistiendo en la misma materia, Baudelaire emprendió la creación de los *Pequeños poemas en prosa*, editados en versión íntegra en 1869 (en 1864, *Le Figaro* había publicado algunos textos bajo el título de *El spleen de París*). En esta época también vieron la luz los *Paraísos artificiales*

(1858-1860)
, en los cuales se percibe una notable influencia de De Quincey; el estudio *Richard Wagner et Tannhäuser à Paris*, aparecido en la *Revue européenne* en 1861; y *El pintor de la vida moderna*, un artículo sobre Constantin Guys publicado por *Le Figaro* en 1863.

Pronunció una serie de conferencias en Bélgica (1864), adonde viajó con la intención de publicar sus obras completas, aunque el proyecto naufragó muy pronto por falta de editor, lo que lo desanimó sensiblemente en los meses siguientes. La sífilis que padecía le causó un primer conato de parálisis (1865), y los síntomas de afasia y hemiplejía, que arrastraría hasta su muerte, aparecieron con violencia en marzo de 1866, cuando sufrió un ataque en la iglesia de Saint Loup de Namur.

Trasladado urgentemente por su madre a una clínica de París, permaneció sin habla pero lúcido hasta su fallecimiento, en agosto del año siguiente. Su epistolario se publicó en 1872, los *Journaux intimes* (que incluyen *Cohetes* y *Mi corazón al desnudo*), en 1909; y la primera edición de sus obras completas, en 1939. Charles Baudelaire es considerado el padre, o, mejor dicho, el gran profeta, de la poesía moderna.